

# DEL ORDEN RECIBIDO AL ORDEN PRODUCIDO

*Soc. Javier Galeano Baena<sup>1</sup>*

*«Bajo las condiciones de modernidad ningún conocimiento es conocimiento en el antiguo sentido, donde «saber» es tener certeza, y esto se aplica por igual a las ciencias naturales como sociales»*

A. Giddens

## RESUMEN

Hoy la investigación científica, y la reflexión sociológica en particular advierten nuevos caminos que conducen a tomar en serio el desorden, la desorganización y lo inesperado, como temas de su agenda reflexiva y crítica para dar cuenta de fenómenos que no encajan en las visiones tradicionales sobre la sociedad y sus procesos.

Las reflexiones que aquí se presentan intentan enunciar una nueva problemática: el desorden que sirve de escondite al orden, a lo aleatorio siempre en acción que exige la comprensión de lo imprevisible.

En la primera parte del artículo se examina la fascinación que ejerce sobre los individuos el orden como demanda de certidumbre en sociedades de transformaciones permanentes, de construcciones de órdenes siempre inacabados y amenazantes.

En un segundo momento se recogen y exponen las nuevas direcciones en la reflexión sobre la irrupción de lo inédito bajo los impulsos de nuevas realidades, que superan la actitud conservadora de la tradición desde la mirada funcionalista de la sociedad, como esquemas superados para entender la establecida en la unidad y la permanencia.

**Palabras Clave:** Modernidad, Socialización, Teoría del caos, Orden social

Con el advenimiento de la modernidad aparece un reflexivo ordenamiento y reordenamiento de las relaciones sociales, a la luz de las continuas incorporaciones de conocimiento que afectan las acciones de los individuos y de los grupos.

---

<sup>1</sup> Sociólogo. Magíster en Ciencias Sociales del ILADES, Santiago de Chile.

Con el binomio orden-desorden, surge inevitablemente el movimiento, y es en este movimiento donde las Ciencias Sociales deben acudir con nuevas perspectivas a repensar estructuras y procesos desde miradas menos lineales y conscientes de que en el juego orden-desorden pueden aparecer fuerzas organizativas distintas.

El asunto del orden tiene características especiales en la época moderna. Sólo puede hablarse de modernidad, dice Koselleck, cuando el horizonte social de las expectativas ya no encuentra sustento en las experiencias pasadas: *«Cuando la sociedad se abre a lo diferente, dejando de ser única, la gente se ve obligada a elegir, por su cuenta y riesgo, entre múltiples posibilidades de ser, de hacer, de pensar. La confrontación con « lo nuevo» fascina y atemoriza. El despertar tiene su encanto cuando remite a un futuro por conquistar. (...) Cuando la imagen de futuro se diluye, lo nuevo deviene una amenaza de lo existente. El mismo presente pierde su perfil y se disgrega, gris en gris»*<sup>2</sup>

En la modernidad, el hombre se dio un sentido de la realidad definido desde sí mismo y no ya desde una entidad divina trascendente. Cuando hablamos del proyecto de la modernidad, entendemos, en primer lugar y de manera general, el intento de someter la vida entera al control absoluto del hombre bajo la guía segura del conocimiento. Este proyecto demanda, a nivel conceptual, elevar al hombre al rango de principio ordenador de todas las cosas. El mundo material así como la idea de lo trascendente comenzaron a ser definidos desde la realidad de una conciencia. Esto es lo que se ha llamado secularización de la vida humana: el hombre asume en sus propias manos la tarea de otorgar sentido a las cosas y, a partir de ese sentido, actuar sobre ellas.

La democracia moderna y el desencantamiento del mundo corren paralelos: *«Solamente cuando la sociedad percibe problemática su constitución en tanto sociedad, puede aparecer la política moderna como acción consciente de la sociedad sobre sí misma. Entonces ha concluido la lenta transición secular de un orden integralmente recibido a un orden más y más producido.»*<sup>3</sup>

El origen del orden recibido se encuentra en la religión. El orden que interiorizamos como recibido es un orden que nos permite un consentimiento sin reservas. Por el contrario, el orden debe ser descifrado y, por tanto, nos cuesta reconocernos en él: «el orden que recibimos es un destino que nos acoge, el orden que producimos deviene un futuro que se nos escapa» en palabras de Lechner.

El proceso de secularización, en el plano político-social, implica que el orden pasa a depender de la voluntad popular y no de una autoridad que hace descansar su legitimidad en una verdad

---

2 Lechner, Norbert. Los patios interiores de la Democracia. Santiago de Chile: FLACSO, 1998. p. 132

3 Ibid. P. 138

absoluta. La fe religiosa, relegada al plano individual, no es más el motor de la sociedad. La secularización hace que no haya principios de verdad inmutables o incuestionables. Por lo mismo, la legitimidad está dada por la legalidad, en donde cualquier norma, así como puede ser aprobada en un momento, puede –en principio– ser modificada o anulada en otro, dependiendo del parecer de la mayoría. Es así como el sistema democrático se funda en una institucionalidad que descansa en procedimientos. Pero, como no existen los procedimientos absolutos, lo que hay son acuerdos que, por principios, están sujetos a cambio.

Es justamente del carácter móvil de los acuerdos y procedimientos, de donde surge el sentimiento de incertidumbre en el ámbito público. Allí donde no hay verdades absolutas que aglutinen a los hombres, lo social, en todas sus esferas, tiende a la fragmentación.

Plantear el tema de la incertidumbre, es plantear el tema de lo posible: La instauración de un régimen democrático pasa por la incertidumbre: «...un proceso de la institucionalización de la incertidumbre, un proceso en el que todos los intereses son sometidos a la incertidumbre.»<sup>4</sup> En efecto, decir que en la modernidad se produce una fragmentación, no es sino decir que ya no existe un referente común de sentido que libere al hombre de lo imprevisible del presente y del futuro. Con la segmentación de sentidos, todo parece posible. Pero, al mismo tiempo, hay que reconocer que la democracia tiene su raíz en esa incertidumbre generada por la secularización. La democracia se origina cuando la voluntad popular pasa a ser el principio constitutivo del orden, vale decir cuando éste deja de ser el producto de una verdad revelada. No obstante lo dicho, la democracia, nacida de la incertidumbre, no tiene por misión perpetuarla, sino muy por el contrario, debe hacerse cargo de las demandas de certidumbre generadas por la secularización. La democracia, entonces, se halla en una tensión, en tanto que surge de lo incierto para producir certezas.

La democracia debe hacerse cargo de la demanda de certidumbre, puesto que dejar de circunscribirse a un orden recibido no significa dejar todo orden. La secularización propone al hombre la tarea de producir un orden, pero este orden se presenta siempre abierto, en tanto que descansa sobre lo posible. Se descompone un orden –el recibido– para recomponer otro. Se trata, entonces, de «instituir el orden a partir de la sociedad misma». Sin embargo, el orden a producir, precisamente porque es producido y no recibido, exige ser descifrado y, por tanto, nos cuesta reconocernos en él. Cuando todo lo relativo al orden político queda dentro del ámbito de la libertad humana, esto es, dentro del ámbito de lo posible, parece que la factibilidad de encontrar algo que permita crear una *identidad colectiva* se dificulta de modo eminente, puesto que puede tenerse una comprensión de los diferentes fragmentos como átomos aislados, sin

---

4 Ibid. Pág. 136

posibilidad de conexión alguna. Evidentemente, la percepción de la diversidad como pura segmentación puede llevar a negar la reconstrucción de un horizonte común de sentido.

Distinto es si se piensa a los fragmentos como expresión de la totalidad. Si cada individuo introduce su originalidad, su diversidad, su sentido de fragmento, entonces, parece casi imposible reconstruir un horizonte común de sentido que cohesione a la sociedad. Pareciera ser que a mayor complejidad social, mayor es la dificultad para lograr crear esa identidad común.

El problema planteado por la complejidad de lo diverso es comprensible en tanto que cualquier orden está siempre traspasado por tal diversidad. Sin embargo, plantear que la inagotabilidad de los fragmentos debe inhibirnos en la tarea de crear un orden, es simplemente entregarse a la desintegración. Precisamente porque la realidad siempre nos desborda, instituímos la sociedad mediante un 'cierre' del universo social. Si prescindieramos de una delimitación de 'la sociedad', la inmediatez y el relativismo diluirán toda identidad social.

El punto en cuestión es que así como la pluralidad nacida de la libertad no debe inclinarnos a la negación de la construcción de un orden, en tanto que éste se muestra insuficiente para contener tal diversidad, tampoco la necesidad de evitar la desintegración social debe llevarnos a buscar un orden que no considere la diversidad, ya que esto puede conducir a los autoritarismos así como también a una ilusión infundada de unidad o identidad común. Se trata, entonces, de no renunciar ni a la pluralidad ni a una noción de totalidad. Por esta razón Norbert Lechner nos dice que la democracia implica, simultáneamente, la creación de un *orden conflictivo*, en tanto que en él coexisten segmentos diversos, y la creación de un *orden colectivo*, porque se persiste en la búsqueda de una identidad común. La propuesta de un orden conflictivo a la vez que colectivo es justamente un esfuerzo conceptual de apartarse de la perspectiva polarmente dual que hace optar entre la pluralidad y la totalidad.

El orden no es una realidad objetivamente dada; es una producción social y ésta no puede ser obra unilateral de un actor, sino tiene que ser emprendida colectivamente. De allí que no sólo sea importante el contenido o materia de la acción política, sino también, y fundamentalmente, la forma de realizarla. Pero, además, se debe tener presente que cuando el orden a construir es conceptualizado como plenamente factible, se desdibuja el ámbito de lo político como aquel lugar en donde el hombre pueda autorreconocerse y reconocer a los otros, vale decir, pierde centralidad, si es que no se deja de lado, la búsqueda de la construcción de una identidad común para una comunidad de sujetos. El espacio público pasa a ser el lugar de las acciones racionales, esto es, de los medios en conformidad a fines, con el objetivo de traer al orden de lo real ese ideal referencial de carácter utópico; y cuando sucede esto, la libertad del otro se transforma en problema, puesto que obstaculiza la acción racional. Así, la libertad del otro no es algo que pueda expresarse en el ámbito público, convertido en el espacio de las acciones

racionales. En nuestra realidad, nos enfrentamos a una esfera pública reducida a mercado, en donde el otro se hace presente sólo en cuanto realizador de transacciones.

Cuando el referente común de sentido en una sociedad es determinado unilateralmente como verdad objetiva y realizable, el orden político intenta anular el factor innovador y sorpresivo inherente a la libertad humana, ya que, si la acción política se esfuerza por alcanzar ese referente a través de actores racionales, «admitir que el otro preserve en libertad implica conformarse con una medida más o menos importante de incongruencia entre la propia acción y sus resultados.»<sup>5</sup> Esa restricción de la libertad del otro puede darse a través de su aniquilamiento – que puede ir desde la inculcación de hábitos sociales hasta el exterminio físico del otro – o bien a través de la imposición de una estructura que induce en el otro ciertos patrones de racionalidad, que, una vez incorporados, eliminan la posibilidad de que ese otro genere respuestas innovadoras, manteniéndose una apariencia de libertad.

Esta concepción del orden político no considera que la libertad del otro es un límite a la acción racional, puesto que los proyectos, las ejecuciones y los resultados, en este plano, actúan sobre realidades humanas que, debido a su original singularidad, imponen un cierto grado de indeterminación. Si bien es cierto que ya no se liga a verdades inmutables trascendentes, no es menos cierto que la comunidad debe aceptar un orden dado, ya no por una suerte de revelación divina, pero sí por un grupo de personas que se autoerigen como poseedores de la correcta interpretación de la realidad social y política: el dogma permanece, aún cuando esté secularizado. En esta visión del orden político: Las diferencias son transformadas en ‘desviación’ y ‘subversión’ y sometidas a un proceso de ‘normalización’. Siendo imposible abolir las diferencias, éstas son tratadas como transgresiones a la norma, cuya validez es asegurada precisamente instituyendo y, a la vez, castigando tales transgresiones.

## 1. EL APRENDIZAJE DEL ORDEN

### La fascinación del orden

*«¿Qué fascinación ejerce el orden que no podemos concebir el mundo (a semejanza del cosmos) sino como orden? «Lo absurdo» nos permite interpretar la existencia individual, pero no admite una explicación del proceso social.»*

---

5 Ibid. Pág. 145

... *El orden es la encarnación de la vida. Es el Ser. El Ser se presenta bajo forma de orden y no podemos concebirlo sino como forma ordenada. El orden es la vida enfrentada a la muerte. La muerte no es algo externo; es un momento co-constitutivo de la vida. Vida y muerte se oponen recíprocamente. El orden es la contradicción y unidad de vida y muerte. Ser y/o no-ser es la pregunta de Hamlet por el orden.*

... *El orden es seguridad: la vida es no- muerte, el orden es no- caos. La seguridad es lo dado, lo finito, lo presente. La seguridad gana al miedo. Para tener seguridad hay que desterrar al miedo. Para tener orden hay que destruir al desorden. La vida mata a la muerte. A través de la muerte ganamos la vida. El orden tiene que matar para vivir, para sobrevivir.*

... *El placer del orden: el orden tiene sex-appeal. Ofrece placer aunque sea a través de sacrificios. El orden es la sublimación del poder. Gozamos el orden no por lo que ofrece sino por lo que promete.*

... *Es bueno que todo esté en orden. El orden es bueno porque es un hecho y como tal suceso es un éxito. Tiene la virtud del éxito (del gorrión en la mano). Bueno también porque reproduce el cosmos; mimesis con el orden divino.*

*La omnipresencia de la naturaleza es asumida en poder del orden»<sup>6</sup>.*

N. Lechner

Las sociedades buscan mantener un orden vigente, por lo tanto, deben inculcar en los sujetos el listado de valores y actitudes que los conduzca y les permita «actuar» el rol social, político y económico que ese orden determina. De allí que la socialización sea una función importantísima en toda sociedad, ya que le garantiza no tan sólo su existencia, sino también – y sobretodo – el modo como lo hace. A través de la socialización se busca perpetuar un orden, se busca la continuidad del sistema, ya que se ve ello el modo por excelencia de mantener la tranquilizadora estabilidad, ese horizonte común de sentido que aglutina las voluntades individuales.

Es la socialización la que también minimiza la posibilidad de cambios. Sin embargo, actualmente es posible apreciar, por lo menos, dos modos en que el orden es asumido por la ciudadanía. Uno de ellos tiene relación con el concepto de *disciplina*, en donde los sujetos son vigilados, sea por otros o por ellos mismos. El otro modo tiene que ver con el concepto de *control*, en

---

<sup>6</sup> Lechner, Norber. La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado. Santiago de Chile: FLACSO,1984. p.

donde los sujetos ni siquiera advierten el poder que se ejerce sobre ellos, mostrándose atraídos por las normas.

## 2. SOCIALIZACIÓN COMO DISCIPLINAMIENTO

La inculcación de un consenso desde arriba hacia abajo y la aceptación sumisa del mismo es lo que le va otorgando el carácter de incuestionabilidad al orden: siendo un orden creado, éste es percibido como la expresión de una esencia de la sociedad o como expresión de un orden natural, de tal suerte que la insinuación de cambio es concebida y nombrada en términos patológicos. Por lo tanto, es necesario transmitir una concepción de lo político, unos valores que muevan a actuar en cierta dirección y los tabúes culturales que hacen inadmisibles determinadas conductas.

De este modo, la socialización va logrando una homogeneización de los individuos; los moldea mediante la transmisión autoritaria de las normas vigentes en una sociedad. Este proceso será catalogado de exitoso cuando los individuos se conforman según lo aprendido. Esto quiere decir que el individuo aprende y asume los comportamientos que le permitirán actuar el rol que la sociedad a la que pertenece le ha destinado *a priori*. Esto no significa que la socialización sea un proceso unidireccional; hay una interacción entre el individuo y su medio social.

La inculcación de ciertos valores implica su internalización pero, se trata de una interiorización inconsciente de ciertos esquemas cognitivos – valorativos. Tales esquemas tienden a tener un carácter de absolutos dentro de una cultura. Son esos esquemas los que se inculcan verticalmente puesto que son considerados la cultura legítima. Así, se pone un cerco a la libertad de los sujetos que, como ya se ha expuesto en el punto anterior, es percibida como un problema para el orden.

La internalización de los esquemas cognitivos – valorativos permite que en los individuos haya una disposición permanente que les permitirá realizar las «respuestas correctas»<sup>7</sup> ante los diversos acontecimientos de su vida. En ese sentido trascendente de las prácticas o conductas individuales radica la vigilancia social sobre los sujetos y el temor a la sanción, en caso de transgredir los esquemas cognitivos – valorativos vigentes.

Perdida la certidumbre que ofrecen los referentes colectivos, la diferenciación social sólo puede ser percibida como amenaza a la propia identidad.

---

<sup>7</sup> Pierre Bourdieu llamaría «habitus» a estas disposiciones permanentes.

Pareciera que la sociedad busca asegurar la validez del orden y de las normas establecidas castigando las transgresiones. Todo el horror de la sociedad a perder el orden establecido – y de llegar al caos- se vierte contra los transgresores del orden

### 3.SOCIALIZACIÓN COMO CONTROL

El control, que también busca una homogeneidad en los individuos, se hace presente bajo la forma de un vertiginoso movimiento. No se trata, como en la disciplina, de poderes que buscan gestionar la vida de los sujetos, a través de una vigilancia, en donde tanto el vigilado como el vigilante quedan a la vista, esto es, donde ambos son plenamente visibles.

En las sociedades de control, el poder no aparece bajo una forma coercitiva que se ejerza desde el exterior de los individuos y que busca moldearlos. El control no es un *molde*, sino que los controles son una *modulación*, como un modulado autodeformante que cambiara continuamente, de un momento a otro, o como un tamiz cuyas redes cambiaran de un punto a otro.

Esta capacidad de cambio presente en el control, lleva a los sujetos no a mantener unas formas permanentes de hacer las cosas, sino, por el contrario, lo que se hace permanente es la autoexigencia de cambiar. Esto se puede ver reflejado en los funcionarios de empresas, quienes constantemente tienen que elevar sus niveles de competitividad para así poder elevar más sus salarios. De este modo, el control se ejerce entre los mismos pares. Lo que se insiste en llamar «sana competencia» no es sino una rivalidad que lleva a una oposición entre los individuos. Las personas dejan de ser evaluadas por un agente externo, sobre ciertos asuntos puntuales y en determinadas ocasiones. Lo que acontece es un control continuo que le exige a los sujetos «estarse formando permanentemente». El control, más que fijar unas modalidades de ser, le exige al individuo un continuo descentramiento, algo que a cada instante lo está sacando de sí y lanzándolo a lo que él «está por ser».

En las sociedades de disciplina, como ya se ha señalado, se persigue una homogeneización, en cuanto proceso que busca moldear la individualidad. Sin embargo, cabe oponer resistencias a un poder que busca estructurar la vida de los sujetos. En las sociedades de control, en cambio, el eje dual homogeneidad – individualidad deja de existir, puesto que los individuos, en cuanto tales, dejan de existir, ya que pasan a ser un dato dentro de un banco de datos, y no cabe pensar resistencia alguna entre un dato y el banco de datos en el que se halla inserto. De allí que Deleuze diga que en las sociedades de disciplina la regulación se hace por consignas o palabras que expresan órdenes, mientras que en las sociedades de control lo que rige es una cifra que juega el rol de contraseña, vale decir, una palabra que permite el acceso a la información.

Por la imposibilidad de que exista el individuo que pueda oponerse a los procesos que buscan homogeneizarlo – cosa que sí ocurre en la sociedad de disciplina-, Deleuze simboliza en el tipo de máquina que opera en uno y otro tipo de sociedad, la pérdida de un sujeto que, por más masificado que estuviera, podía tener gestos de rebeldía que apuntaban a salir de esa masificación: «(...) las sociedades disciplinarias recientes estaban equipadas con máquinas energéticas, con el peligro pasivo de la entropía y el peligro activo del sabotaje; las sociedades de control operan mediante máquinas (...) informáticas y ordenadores cuyo peligro pasivo es la interferencia y el activo el pirateo y la introducción de virus».<sup>8</sup>

La sensación de los sujetos controlados de que no hay una coacción sobre ellos, se relaciona con el hecho de que es el marketing el nuevo instrumento con que se ejerce ese control. Según Deleuze, en virtud del marketing, «El control se ejerce a corto plazo y tiene una rotación rápida, pero también es continuo e ilimitado, mientras que la disciplina era de larga duración (...). El hombre ya no es el hombre encerrado (aludiendo a la sociedad de disciplina), sino el hombre endeudado».

Ahora bien, los hombres que pierden la individualidad – en el sentido de perder aquello que los individualiza – y que son parte de un banco de datos, pueden ser localizados dentro del sistema de información. Según Deleuze, independientemente de que la posición del sujeto sea lícita o ilícita, el ordenador puede localizarlo, y lo hace operando «una modulación universal».

Sin que el sujeto sepa ni se sienta vigilado, puede hacersele un seguimiento a través de aquellos instrumentos que le permiten un acceso al sistema: es posible saber su desplazamiento, su consumo, el tipo de cine que prefiere, y todo ello a partir de las tarjetas en donde están escritos los números – contraseñas.

#### **4. ¿EL DESORDEN MODERNO?**

El universo que surge de la modernidad, contrario al mundo premoderno, es ante todo un torbellino que arrasa lo que encuentra a su paso como orden tradicional. En el debate sobre los orígenes, desarrollo y condiciones que han hecho posible la sociedad moderna, no hay unanimidad. La experiencia de Marx acerca de la vida moderna, señala su rasgo fundamental: es radicalmente contradictoria en su base: «Por un lado han despertado a la vida unas fuerzas industriales y científicas, de cuya existencia no hubiese podido sospechar siquiera ninguna de las épocas históricas precedentes. Por otro lado, existen unos síntomas de decadencia que su-

---

<sup>8</sup> Deleuze, Gilles. Las sociedades de control. En: Revista Ajoblanco Barcelona. No. 51. (abril 1993); p. 34.

peran en mucho a los horrores que registra la historia de los últimos tiempos del Imperio Romano. Los triunfos del arte parecen adquiridos al precio de cualidades morales. El dominio del hombre sobre la naturaleza; pero, al mismo tiempo, el hombre se convierte en esclavo de otros hombres o de su propia infamia.»<sup>9</sup>

El desorden que provoca la revolución burguesa se extiende a todos los campos de la vida social, destruyendo relaciones feudales y patriarcales:

*«Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus «superiores naturales» las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, «cruel pago al contado». Ha abogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las heladas aguas del cálculo egoísta. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas»<sup>10</sup>*

La confluencia de procesos revolucionarios ha servido de base al triunfo de la modernidad. En primer lugar, la revolución económica que genera por primera vez un sistema productivo cuyo proceso continuo de crecimiento se vuelve capaz de mantener un aumento permanente y no cíclico de la producción. En segundo lugar, una revolución política que configura los estados nacionales modernos. Las diferentes doctrinas del pacto social condujeron a la formulación de una teoría política democrática, convirtiéndose así en la doctrina por excelencia de la sociedad capitalista moderna. En tercer lugar, una revolución cultural de enormes consecuencias.

La modernidad nace con una marcada tendencia al desacato. El primer gesto moderno es inconformista y revolucionario, se complace en la destrucción del orden antiguo. En ese gesto se concilian lo racional y lo irracional, el proyecto y la esperanza, el programa y el sueño como dice P. Lanceros.

El humanismo posibilitó el concepto de utopía: En la escatología mesiánica, la misión de lo justo se consuma en la imagen de un tiempo perfecto. La visión de lo justo, como utopía, se consuma en la imagen de un espacio perfecto.

---

9 Marx, Carlos. El Manifiesto del Partido Comunista. Pekín: 1975, p.35

10 Ibid. P. 35 - 37

La Ilustración le arrebató a la escatología religiosa su esfera de acción. Se hizo cada vez más difícil creer que en un momento futuro un acto divino redimirá al mundo humano dándole sentido a lo absurdo: la construcción de un lejano mundo terrenal al cual se podía acceder en vida, representa indudablemente, un giro radical respecto a épocas en las que sólo la muerte podía abrir al pobre las puertas para habitar en una utopía.

Como cuadros imaginarios de algo que no existe, las utopías colman la historia espiritual de la humanidad. La imagen utópica es un cuadro de lo que debe ser. Son sueños de perfección social. No son elucubraciones en el vacío —aunque a veces pueden parecerlo— pero que están directamente influidas por las condiciones mentales y materiales de la época y por la condición social de sus autores. Juega un papel constitutivo al ayudarnos a repensar la naturaleza de nuestra vida social. No es simplemente un sueño, sino que es sueño que aspira a realizarse: ¿No representa —se pregunta Ricoeur— la fantasía de otra sociedad posible exteriorizada en «ningún lugar» uno de los más formidables repudios de los que es?».

Hay en la utopía un pensamiento crítico sobre el orden social existente y un no rotundo a la infamia, aunque la infamia estuviera revestida de poder, aunque estuviera consagrada por la costumbre. Es crítica de la realidad, rechazo incondicional de las condiciones de vida que impone el orden vigente. A lo largo de la historia, la utopía ofrece siempre una solución ideal al problema permanente del mejor orden social.

He traído a cuento aquí el tema de la utopía por lo que ésta ha representado como esfuerzo crítico e interpretativo del orden social y como reivindicación del esfuerzo humano en la construcción de nuevas realidades. Con mucho de filosofía social, la literatura utópica y el utopismo, han jalonado el pensamiento y la reflexión constituyéndose en una suerte de protosociología.

## **5. LAS CIENCIAS SOCIALES**

Las ciencias sociales se estructuran definitivamente entre los siglos XVIII y XIX. Durante este período trataron de explicar la realidad social como un conocimiento secular y sistemático, extrapolándose a las ciencias naturales —producción de leyes—, con limitados aciertos por la dificultad e imposibilidad de reducir los fenómenos sociales a ellas.

El ascenso de estas ciencias supuso un largo y complejo proceso que se apoyó en dos grandes líneas: una, la adopción de los modelos newtoniano y cartesiano (que posibilitaron un gran avance en las ciencias naturales); y otra, la aceptación de que toda ciencia debía ser capaz de descubrir leyes naturales y universales para regir los destinos humanos.

A lo largo de su historia, las Ciencias Sociales se constituyeron en una manera de ver y comprender el mundo y, en cierta medida, han sido referente para las actuaciones humanas en sus dimensiones éticas, políticas, económicas y sociales.

Pero ocupémonos ahora de lo que la sociología como palabra sobre lo social tiene para decirnos en torno a las realidades que comprometen su reflexión. «La capacidad de erosionar la estabilidad de las cosas, abrir nuevos itinerarios y, con ello, colonizar un segmento de un futuro inédito, es consubstancial con el carácter perturbador de la modernidad» dice Giddens.<sup>11</sup>

Las sociedades tradicionales disponen de una cartografía del orden y el desorden, sus lugares y caminos son conocidos. Las sociedades de la modernidad actual en la medida en que están abiertas a un movimiento portador de transformaciones continuas e incertidumbres se interonan en la historia inmediata avanzando a tientas.

## **6. DEL ORDEN AL CAOS**

La sociedad moderna que surge de la demolición del viejo orden tiene un carácter altamente precario, en tanto ha perdido su referencia con el mismo. Pero el nuevo orden significa no sólo que la sociedad se diferencia del pasado, sino que se diferencia en sí misma en subsistemas.

El orden es siempre una meta a conseguir, nunca una realidad instituida. La premisa de la improbabilidad del orden social asume que esta orden es más improbable conforme evolucionan las sociedades.

La amplitud y diversidad (enfoques, escuelas) hacen que la Sociología no pueda empaquetarse en un modelo que pueda definirla sin mostrar las especificidades que ha recorrido su evolución histórica. Dispone de una riqueza de diferentes, e incluso contrapuestos, discursos teóricos y teorías fundamentales (paradigmas siguiendo a Thomas Khun).

Las más destacadas tradiciones teóricas en Sociología han mostrado una tendencia a interpretar la naturaleza de la modernidad atendiendo a una única y predominante dinámica de transformación. El orden social que emerge es capitalista como también las instituciones que le corresponden. E. Durkheim vinculó el origen de las instituciones modernas al impacto producido por la industrialización: el carácter cambiante de la vida social moderna deriva del impulso de la compleja división del trabajo; no vivimos en un orden capitalista sino en uno industrial.

---

11 Giddens, Anthony. Consecuencias de la Modernidad. Madrid: Alianza Editorial, 1994. pag 19

Para Weber la idea fundamental es la «racionalización» que se expresa en la tecnología, en la organización de las actividades humanas y en la burocracia. De aquí surgieron las visiones llamadas «clásicas» sobre la sociedad moderna.

Ulrich Beck introduce una distinción importante en su «Teoría de la Modernización Reflexiva» que nos permite entender las tendencias actuales de la reflexión sociológica. El autor compara la sociología de la modernidad simple y la sociología de la modernidad reflexiva.

Con el triunfo de la modernidad industrial se imponen determinadas formas de vida universalizadas y principios sistémicos de organización. Los supuestos de esta Sociología se centran en tres aspectos:

- 1) Las condiciones de vida y el desarrollo de la misma se organizan socialmente en clases que la investigación sociológica se encarga de explicitar. La dinámica de desigualdad social es entendida sobre la base de categorías de grandes grupos claramente definidos, políticamente enfrentados o dispuestos en contradicción.
- 2) La descomposición del orden tradicional se lleva a cabo como un proceso revolucionario. El nuevo orden socioindustrial es pensado como diferenciación funcional de subsistemas (desde Spencer hasta Parsons y Luhmann).
- 3) Estos subsistemas están regidos por su propia legalidad. El proceso de racionalización es pensado lineal y unidimensionalmente .

La teoría de la modernización reflexiva sostiene que la modernización misma socava los fundamentos de la modernización de la sociedad industrial; dice que en ningún lugar existe algo así como una sociedad «moderna». El discurso de la «modernización» resulta ambiguo: en los países desarrollados los elementos modernos se encuentran limitados y mezclados con elementos de una «contra modernidad». A la historia del triunfo y la crisis se le debe contraponer una historia del triunfo y crisis de la contra modernización.

En lugar de explicar, según modelos de linealidad, fieles a una persistente modernización, conviene introducir figuras de argumentación que den cuenta de la auto-transformación, auto-amenaza y auto-disolución de los fundamentos de la racionalidad.

No quisiera dejar pasar la oportunidad de referirme al Funcionalismo Estructural (o Estructural Funcionalismo) o simplemente Funcionalismo. En 1951 aparece la obra monumental de Talcott Parsons, El Sistema Social. La preocupación casi obsesiva que guía su exposición de la sociedad como un sistema, es la de encontrar y presentar los mecanismos que dan estabilidad

al orden social entendido éste como equilibrio y armonía. Su reflexión cae en el campo de las llamadas Teorías del Consenso que consideran que las normas y valores comunes son fundamentales para la sociedad, que el orden social se fundamenta en un acuerdo tácito y que el cambio social se produce de una manera lenta y ordenada.

Robert Nisbet señaló que el funcionalismo ha sido sin lugar a dudas, el cuerpo de teoría más relevante de las ciencias sociales del presente siglo». El punto de vista «Funcionalista « quiso convertirse en el sinónimo de la sociología». La mirada funcionalista de la sociedad, tan atenta al orden y la estabilidad se mostró incapaz de entender y exponer las contradicciones internas de los sistemas sociales.

Todo aquello que pareciera atentar contra la estabilidad y el orden debía entenderse como «desviación» y someterse a los controles sociales que la sociedad establece para mantener la cohesión y evitar fisuras en el «todo ordenado» que son las sociedades.

Desde esta perspectiva, empezaron a fluir páginas y páginas sobre «la desviación y el control social». A este respecto es significativa la producción teórica sobre el tema del delito y la criminalidad en la sociedad norteamericana

*«Los dioses nos dan muchas sorpresas: lo esperado no se cumple y para lo inesperado un dios abre la puerta»*

Eurípides

*«El caos es como una criatura dormida en las honduras de un sistema ordenado. Cuando el sistema alcanza un valor crítico, el monstruo dormido saca su rugosa lengua»*

Briggs y Peat

En un texto de Edgar Morin –publicado por la UNESCO-: Los siete saberes necesarios para la educación del futuro, se lee:

*«Los siglos anteriores siempre creyeron en un futuro repetido o progresivo. El siglo xx ha descubierto la pérdida del futuro, es decir su impredecibilidad. Esta toma de conciencia debe estar acompañada de otra retroactiva y correlativa: la de la historia humana que ha sido y sigue siendo una aventura desconocida. Una gran conquista de la inteligencia sería poder, al fin, deshacerse de la ilusión de predecir el destino humano. El avenir queda abierto e impredecible. (...) A través de la historia, ha habido determinaciones económicas, sociales, entre otras, pero éstas están en relación inestable e incierta con accidentes y riesgos innumerables que hacen bifurcar o desviar su curso. Las civilizaciones tradicionales vivían con la certeza de un tiempo cíclico cuyo funcionamiento debía*

*asegurarse por medio de sacrificios, a veces humanos. La civilización moderna ha vivido con la certeza del progreso histórico.*

*La toma de conciencia de la incertidumbre histórica se hace hoy en día con el derrumbamiento del mito del progreso. Un progreso es ciertamente posible, pero incierto. A esto se suman todas las incertidumbres debidas a la velocidad a la aceleración de los procesos complejos y aleatorios de nuestra era planetaria que ni la mente humana ni un supercomputador ni ningún demonio de Laplace podrían abarcar»<sup>12</sup>*

Ya en otra parte se había señalado cómo las sociedades tradicionales disponían de una cartografía del orden y el desorden que les indican sus lugares y caminos; y cómo también, las sociedades modernas sometidas a transformaciones e incertidumbres, y sólo disponiendo de «cartas cambiantes», avanzaban a tientas.

En el caso de las sociedades tradicionales, los controles sociales son casi totales y más eficaces: «El mito recuerda la constitución fundante y contribuye a definir una identidad colectiva, los lenguajes determinan la categoría de los seres y las cosas».<sup>13</sup>

Las sociedades de la tradición establecen entre lo real y ellas mismas una relación de equivalencia, su orden y el orden general del mundo son inseparables, «el pensamiento moderno es el que realiza las rupturas, el que vacía la tradición portadora de permanencia y capta todas las cosas bajo el aspecto del movimiento» (Balandier: 1999)

La historia no avanza por cauces tranquilos. El mundo definido por la ciencia ha sido tradicionalmente un mundo de pureza: «La turbulencia, la irregularidad y la imprevisibilidad se encuentran por doquier, pero siempre pareció justo entender que esto era «ruido» dicho de otro modo, se pensaba que el caos era el resultado de una complejidad que teóricamente se podía desnudar hasta sus ordenados cimientos. Ahora los científicos están descubriendo que este supuesto era erróneo».<sup>14</sup>

Caos, irregularidad, imprevisibilidad. ¿Es posible que dichos elementos no sean mero ruido sino que tengan leyes propias?. Hasta hace muy poco tiempo se hacía uso del término caos para designar la aleatoriedad.

En 1903, Henri Poincaré, matemático francés, se refería a lo aleatorio y al azar, en estos términos: «El azar no es más que la medida de la ignorancia del hombre». Hasta Poincaré, se suponía

12 Morin, Edgar. Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. París: UNESCO, 1999. p. 47

13 Balandier, George. El Desorden; la teoría del caos y las Ciencias Sociales. Barcelona: Gedisa editorial, 1999. pag 89

14 Briggs, J. y Peat, F D. Espejo y reflejo: del caos al orden. Gedisa Editorial, 2da. Edición. Barcelona, 1994. p. 14

que el caos era una enfermedad entrópica que venía desde el exterior de un sistema, el resultado de contingencias y fluctuaciones externas.

Poincaré reveló que el caos, o el potencial para el caos, es la esencia de un sistemas no lineal, y que aun un sistema completamente determinado como los planetas en órbita podía tener resultados indeterminados. En cierto sentido, había visto que la realimentación podía magnificar los efectos más pequeños. Había advertido que un sistema simple podía estallar en una perturbadora complejidad.

Para exponer una idea gruesa de algunos aspectos centrales de la Teoría del Caos bien valdría la pena recurrir a la imagen que más ha contribuido a difundir esta teoría. Me refiero al conocido «Efecto Mariposa», desarrollado con el nombre técnico de «dependencia sensible de las condiciones iniciales» por el meteorólogo norteamericano Edward Lorenz y otros científicos comprendieron que en los sistemas dinámicos determinista (causales) el potencial para generar caos (imprevisibilidad) está agazapado en cada detalle que : «...si agita hoy, con su aleteo, el aire de Pekín, una mariposa puede modificar los sistemas climáticos de New York el mes que viene» «por perder un clavo, el caballo perdió la herradura, el jinete perdió al caballo, la batalla se perdió, y con ella perdimos el reino». La pérdida de un reino y el efecto mariposa no son más que típicos ejemplos de cómo «lo pequeño» puede originar «lo grande».

En un sistema complejo, aquel compuesto de varios subsistemas que interactúan intensamente, se tienen más posibilidades de tener una evolución temporal más complicada que en un sistema simple.

La complejidad de las economías modernas favorece un comportamiento caótico El determinismo histórico debe ser corregido con la observación de que ciertos sucesos o elecciones que no pueden predecirse tienen consecuencias importantes. En su libro *Azar y Caos*, David Ruelle escribe: «Pienso que la historia genera sistemáticamente sucesos que no pueden predecirse y que tienen importantes consecuencias a largo plazo... Pero en una situación de conflicto, el comportamiento racional es a menudo errático de una forma bien determinada. Las decisiones que conforman la historia, cuando se toman racionalmente, hacen intervenir con frecuencia un elemento aleatorio e impredecible»<sup>15</sup>

En una conferencia presentada en el transcurso del Forum 2000: Inquietudes y esperanzas en el umbral del nuevo milenio, celebrado en Praga en 1997, el sociólogo e historiador norteamericano Immanuel Wallerstein, se pronunciaba así: «Creo que la primera mitad del siglo XXI será

---

15 Ruelle, David. *Azar y Caos*. Alianza Editorial. Madrid, 1995. p. 97

más dificultosa, más perturbadora y, sin embargo, más abierta que todo lo que hemos conocido durante el siglo XX. Digo esto basándome en tres premisas. La primera premisa es que los sistemas históricos, como todos los sistemas tienen vidas finitas. Tienen un comienzo, un largo período de desarrollo y, finalmente, mueren cuando se alejan del equilibrio y alcanzan puntos de bifurcación.».

En la perspectiva de Ilya Prigogine, la bifurcación –la encrucijada donde se producen ramificaciones- es un concepto esencial. En un sistema la bifurcación es un instante vital cuando algo tan pequeño como una leve fluctuación en la temperatura externa o el aleteo de una mariposa en Hong Kong, se magnifica por iteración (repetición) hasta alcanzar tal tamaño que se crea una ramificación y el sistema adopta un nuevo rumbo.

Una segunda premisa de Wallerstein, es que el moderno sistema-mundo, como sistema histórico, ha entrado en una crisis terminal, y no resulta verosímil que exista dentro de 50 años. Sin embargo, ya que el resultado es incierto, no sabemos si el sistema (o los sistemas) resultante será mejor o peor que el actual, pero sí sabemos que el período de transición será una terrible etapa llena de turbulencias, ya que los riesgos de la transición son muy altos, los resultados inciertos y muy grande la capacidad de pequeños inputs para influir sobre dichos resultados.

Estamos en una situación de retorno al siglo XIX en la búsqueda de conceptos o paradigmas prestados de las ciencias naturales? ¿O más bien estamos en presencia de un diálogo e intercambio fructífero con otras ciencias que permitan comprender la complejidad de nuestro objeto de estudio?

De momento señalemos que la intrusión de las ciencias blandas en las ciencias duras o viceversa, ya se ha puesto en marcha y está dando sus resultados; desde la teoría del caos podemos empezar a entender mejor la complejidad de los sistemas sociales e ir venciendo el horror que nos produce el desorden?

La Sociología y demás disciplinas sociales «estamos aprendiendo que hay que substituir la visión de un universo que obedece a un orden impecable por una visión donde el universo sea el juego y lo que está en juego es una dialógica entre el orden, el desorden y la organización».<sup>16</sup>

Si las ciencias sociales están condenadas a un nuevo nacimiento es porque la sociedad ya no es más lo que era. Los cambios desórdenes imponen otro diálogo con lo social para que resulte más legible:

---

16 Morin, Edgar. Op. Cit pag 49

Ya no son más las situaciones estables y las permanencias lo que primero nos interesa, sino las evoluciones, las crisis y las inestabilidades...Ya no más solamente lo que permanece, sino también lo que se transforma, las alteraciones geológicas y climáticas, la evolución de las especies, la génesis y las mutaciones de las normas que actúan en los comportamientos sociales.

## **Bibliografía**

BALADIER, Georges. El Desorden; la teoría del caos y las Ciencias Sociales. Barcelona: Gedisa Editorial. 1999.

BRIGGS, J. y PEAT, F D. Espejo y Reflejo: del Caos al Orden. Gedisa Editorial, 2da. Edición. Barcelona, 1994.

LECHNER, Norbert. Los Patios Interiores de la Democracia. FLACSO, Santiago de Chile. 1998. p. 132

DELEUZE, Guilles. Posdata a Las Sociedades de Control, En: Revista Ajoblanco No. 51. Barcelona. Abril, 1993. P. 34.

MARX, Carlos. El Manifiesto del Partido Comunista. Pekín, 1975, 35 pag.

MORIN, Edgar. Los Siete Saberes Necesarios para la Educación del Futuro. UNESCO. Paris, 1999. p. 47

RUELLE, David. Azar y Caos. Alianza Editorial. Madrid, 1995. p. 97.